

MARIO MENDOZA



Los Vagabundos
de Dios



MARIO MENDOZA

LOS VAGABUNDOS
DE DIOS

CAPÍTULO I

El renacido

Uno no se hunde en los infiernos con el paso de los años, poco a poco. Uno se cae en el abismo de un día para otro, súbitamente. Un día estás en la plenitud de tus fuerzas, lúcido, animado, sonriente en el espejo, satisfecho de ti mismo, y de repente a la mañana siguiente estás hecho polvo, con ojeras, acabado, adolorido y disminuido hasta el punto de no reconocerte, de no poder caminar ni mover los brazos como lo habías hecho toda la vida. Un día estás contento, tienes planes para tu futuro y la vida te sonríe. Y al siguiente no puedes levantarte de la cama y la depresión te consume hasta el punto de no comer, de no dormir, de no hablar. Es como si alguien hubiera apagado la luz en el universo.

Mi nombre es Adán Santana, mido un metro con noventa centímetros y camino inclinado hacia la izquierda, como un barco escorado cuyo armazón ha permanecido defectuoso desde el principio. Soy de tez blanca, de ojos negros y de cabello ensortijado. Me he ganado la vida como escritor. Carezco de confianza en mí mismo y tengo un temperamento retraído y melancólico.

Todo comenzó con la muerte de mi madre en un hogar para abuelos. Ya habían declarado la pandemia a nivel mundial y la Secretaría de Salud prohibió las visitas a los geriátricos. El miedo

estaba fundado porque el virus había matado a muchos ancianos en Europa, Canadá y Estados Unidos, justamente en este tipo de residencias para la tercera edad.

Las largas cuarentenas fueron bienvenidas por muchas personas como yo, que llevábamos una vida agitada llena de viajes, compromisos y reuniones laborales que nos obligaban a estar trepados en aviones y a dormir en hoteles donde nos despertábamos muchas veces sin recordar muy bien en qué ciudad estábamos. Por eso empezamos a disfrutar sobremanera el hecho de levantarnos tarde, andar en pijama por el apartamento y de pronto descubrirnos un martes o un miércoles viendo una película clásica a las once de la mañana. Qué maravilla: era como ser un siervo de la gleba y levantarse una mañana convertido en el señor feudal.

El problema (y digo el problema porque ya verán las consecuencias nefastas que esto me trajo más adelante) es que me pareció fascinante también no tener que ir a las visitas del hogar geriátrico donde vivía mi mamá. No es que las sufriera particularmente, no es eso, porque muchas veces mi madre era un ser dulce y simpático, y yo me la pasaba muy bien conversando con ella, riéndonos e incluso comiendo algunos postres que yo metía al hogar de abuelos de contrabando. Así que la razón de mi alivio no era que me molestara ella o que no la quisiera. Todo lo contrario: había aprendido a amarla de una manera serena, sin reclamarle nada, sin juzgarla tanto como lo hacía de joven. La razón de mi alivio estaba en que toda obligación termina por cansarme. Tengo una personalidad anárquica, no me gusta que me sometan o que me impongan leyes a las malas. Y tantos años de visitas me tenían exhausto hasta el punto de soñarme muchas veces que vivía en Camboya o en Nairobi, donde no tenía que visitar a nadie en ninguna parte, donde no tenía mamá, donde yo no era yo.

Así que, cuando llegaron las cuarentenas, en un lapso de veinticuatro horas todo desapareció, incluidas las visitas al hogar donde mi vieja pasaba los días y aguantaba su soledad de manera admirable. La llamaba por teléfono y le explicaba las nuevas medidas del Ministerio de Salud, pero ella siempre volvía a preguntar lo mismo:

—¿Y entonces cuándo puedes venir a verme?

—No sé, mamá —respondía yo eludiendo el tema y restándole importancia—. Apenas abran la cuarentena me voy a verte enseguida.

Y la verdad era que estaba disfrutando de la vagancia que implicaba no ir a ninguna parte, no reunirme con nadie, no entrevistarme, no dictar conferencias, no participar en seminarios. Cuando cancelaron las ferias del libro nacionales e internacionales el alivio fue aún mayor. El sueño del ermitaño recluido en su refugio en la mitad del bosque se me empezó a cumplir entre las cuarentenas y los encierros obligatorios que iban confirmándose mes a mes.

Lo que sucedió a continuación fue una auténtica pesadilla. Lo que para mí fue una dicha para mi madre significó la muerte. Se contagió de una bacteria, los médicos no pudieron frenar la infección y murió en un lapso de escasas dos semanas. Su deceso significó un mazazo en el centro de mi ser. La muerte del padre es un problema psíquico, de interpretación de los arquetipos. En cambio, la muerte de la madre se siente en el cuerpo, es una sensación, un asunto físico. Es como si todo nuestro ser sintiera que su origen, que la matriz que lo engendró, acabara de desaparecer. Y en consecuencia nos llega un terremoto que nos sacude por dentro: no hay músculo ni órgano que no colapse, que no se venga a pique. Nos enfermamos, nos duele la espalda, los riñones se atrofian, las defensas se nos vienen abajo.

Como los hornos crematorios de la ciudad estaban traba-

jando a tope debido a la pandemia, la Secretaría de Salud me comunicó que mi madre estaría aproximadamente tres semanas en unos refrigeradores esperando su turno para ser cremada. La imagen no podía ser más deprimente. Les expliqué que ella no había muerto de COVID-19 y entonces, después de enviarles el certificado de defunción, por fin me autorizaron a realizar unas honras fúnebres donde yo quisiera. Como la ciudad no daba abasto a tantos cadáveres, la envié a un pueblito cercano para que la cremaran allá. La situación no podía ser más triste. Despedirme de ella en esas circunstancias me deprimía aún más.

Fue entonces, lo recuerdo bien, que empezó el descenso. Me encerré en el apartamento todavía más, no respondía llamadas, no trabajaba, no leía, no hacía nada. Parecía un zombi de una mediocre película de terror. La culpa me fue atenazando hasta quitarme el aire. Dormía de día, veía cine de noche hasta la madrugada, me bañaba a las tres de la tarde y comía a domicilio después de desinfectar los paquetes que enviaban de los restaurantes.

Mientras tanto, afuera la ciudad era consumida por la enfermedad. Cada día me enteraba de más conocidos contagiados, de amigos que estaban en cuidados intensivos e incluso de viejos alumnos o de colegas que acababan de morir desahuciados en las salas atestadas de las clínicas o en sus propias residencias.

Una tarde decidí frenar un poco la caída en el abismo y saqué la bicicleta para ir a montar un rato por los alrededores del barrio donde vivo. Las autoridades habían permitido la práctica de algunos deportes que no implicaban contacto con los otros. Estaba permitido hacer ejercicio una hora al día. Así que preparé la cicla, me puse el casco, me ajusté los audífonos y me fui a pedalear huyendo de mí mismo. El viento y el sol me refrescaron gratamente.

Cuando estaba de regreso, a pocas cuadras de mi casa, vi el semáforo en amarillo y me dije que alcanzaba a pasar. Grave error. Cuando menos lo pensé, me encontraba volando por los aires con los pies ajustados a los pedales. Una moto me arrolló con un golpe seco que ni siquiera vi venir. Rodé por el pavimento y terminé varios metros arrastrado hasta que me detuve sin entender todavía qué era lo que estaba sucediendo. Un carro frenó en seco y sentí la rueda justo al lado de mi cabeza. El olor del caucho quemado me causó un mareo instantáneo.

Los primeros segundos me encontraba en *shock* y no sabía qué era lo que había sucedido. La conductora de la moto resultó ser una chica venezolana que estaba muy nerviosa y que repetía que no tenía papeles y que la iban a deportar seguro. Se frotaba las manos, se agarraba la cabeza y empezó a llorar desconsoladamente. Algunos transeúntes se arremolinaron a ver qué había sucedido. Una señora se bajó del carro con la cara lívida, como si acabara de salir de una tormenta de nieve, y preguntó con la voz ahogada:

—¿Lo maté?

El hijo de la señora, que iba en el asiento del copiloto, le dijo con el ánimo de tranquilizarla:

—No, mamá, relájate.

Un mesero de una cafetería cercana se acercó y me ayudó a ponerme de pie. En ese momento sentí mi pierna y mi brazo derechos machacados, adoloridos y casi inmovilizados. Logré sentarme en una barda y el mismo mesero que había fungido de buen samaritano me trajo una botella pequeña de agua. No sabía cómo agradecerle sus gestos tan bondadosos.

Finalmente, le dije a la motociclista venezolana que no se preocupara, que podía irse tranquila. Yo sabía que me había pasado el semáforo en amarillo y que parte de la responsabilidad también era mía. Me dio las gracias llorando, se subió en su

mosca metálica y desapareció en cuestión de segundos. El hijo de la señora del carro se subió en el puesto del conductor y le dijo a su madre:

—Vámonos, mamá. Yo manejo.

La señora le obedeció y ambos partieron dejándome ahí en la barda confundido, atravesado por unas punzadas agudas que me recorrían todo el costado derecho. Una estudiante de Medicina me reconoció y dijo:

—Es Adán Santana, el escritor.

Ella y el mesero venezolano me preguntaron si quería que me acompañaran hasta mi casa. Les di las gracias y les respondí que yo podía llegar por mi cuenta. No sé de dónde saqué fuerza y caminé las cuatro calles hasta llegar a la portería de mi edificio. Fue un tramo muy breve, pero a mí me pareció eterno, como si estuviera cruzando el Himalaya.

Más tarde, en la sala de urgencias de la Clínica Reina Sofía me tomaron las radiografías correspondientes y los médicos me informaron que no había huesos rotos, pero que los músculos, los tendones y las articulaciones estaban hechos pedazos. Mi tobillo parecía una pelota de béisbol. Me las arreglé como pude, llamé a un servicio de enfermería y me atrincheré de nuevo en mi apartamento a seguir aguantando las cuarentenas en ese estado: cojo, con el brazo en cabestrillo y atiborrado de calmantes para poder dormir.

Desde los primeros días me di cuenta de que había perdido la motricidad fina de mi brazo derecho. No podía coger los cubiertos, empecé a cepillarme los dientes con la izquierda y amarrarme los zapatos era una empresa imposible. Las noches eran largos tormentos porque tenía que dormir sentado. Y, como es de suponer, mis estados de ánimo continuaban siendo bastante depresivos: sentía que nada valía la pena, que el mundo no era más que un lodazal oscuro y siniestro donde nuestras

mentes y nuestros cuerpos tenían que chapotear en la inmundicia antes de morir.

Cuando me llegó el turno de ponerme las vacunas, la segunda dosis de COVID-19 me dejó en cama varios días, con fiebre, ido, al borde de una crisis general. Fue como si me envejeciera diez años en unas pocas horas. Caminaba como un abuelito decrepito, la comida me hacía daño, vivía con frío a toda hora y cabeceaba frente al televisor. En las mañanas me miraba en el espejo del baño y no me reconocía. Unas ojeras muy marcadas convirtieron mi rostro en una caricatura macabra de mí mismo.

A los pocos meses, una tarde cualquiera, mientras mi cuerpo se iba recuperando muy lentamente del accidente y de las vacunas, estaba pasándome la seda dental por las muelas superiores del maxilar derecho y de pronto sentí un objeto sólido cayendo desde mi boca al lavamanos. El sonido parecía el de una canica dando tumbos de un lado a otro. Agarré el objeto y era medio diente que se me había desportillado quién sabe cuándo. Tuve la sensación de que me estaba muriendo a pedazos.

Debo aclarar que para mí la odontología es un castigo divino a través del cual debo expurgar todos mis pecados. Soy hipersensible a cualquier tratamiento, por leve que sea. La sola idea de la inyección de anestesia me hace sudar a chorros. Ni qué hablar de la fresa, ese aparato repugnante del que no hemos podido liberarnos ni siquiera en la época de los cohetes y los viajes espaciales. ¿Cómo es posible que exista semejante tortura en un tiempo como el nuestro, cuando ya hemos sido capaces de enviar aparatos sofisticados más allá del sistema solar?

La odontóloga me dijo que no había perdido solo una muela, sino dos. No había nada que hacer, la única solución era sacármelas del todo y poner en su lugar dos implantes. Eso significaba una cirugía y meter allí, en los agujeros, dos tornillos

que se ajustaban al maxilar superior. Casi me desmayo de solo oír la explicación. Para resumir, quedé varias semanas herido, comiendo solo por el costado izquierdo, sin poder masticar y a punta de dieta blanda. La caída continuaba.

El colmo de semejante situación sucedió una mañana al salir de la ducha. Continuaba caminando con cierta torpeza, sin sentir que mis piernas sostenían bien el equilibrio. Olvidé poner la toalla pequeña para secarme la planta de los pies apenas terminé de bañarme, y, en una pisada en falso, me fui de para atrás. Caí de costado sobre la taza, reboté y terminé en el piso sin poder respirar. Un charco de sangre empezaba a teñir las baldosas de rojo. Me palpé en la parte izquierda de la espalda, donde me dolía tanto, pero la mano no me mostraba señales de ninguna herida. Todo el costado izquierdo me dolía hasta impedirme respirar con normalidad. Me dije que si no era capaz de ponerme de pie me iba a quedar ahí tirado en el piso quién sabe cuántas horas. La adrenalina me hizo erguirme y al final, apoyándome en el lavamanos, logré pararme. La sangre seguía extendiéndose por todas partes. Entonces me di cuenta de que el dedo gordo del pie derecho estaba separado de los otros cuatro. Me senté en la taza y me miré la planta: en efecto, en algún momento pisé la lámina metálica de la puerta corrediza del baño y me había tajado la carne de lado a lado. Ahí estaba el origen de la hemorragia. Rasgué una camiseta como pude y me la puse alrededor del pie para detener la sangre.

De nuevo terminé en urgencias. Siete horas después las radiografías mostraron que tenía tres costillas rotas y una fisurada. Me cosieron la herida del pie (el dolor de los pinchazos de la jeringa para la anestesia en esa zona del cuerpo me obligó a morder una almohada para no dar alaridos), me recetaron calmantes y el médico me explicó que las costillas se sanaban solas. No había ningún tratamiento especial.

De nuevo a dormir sentado. Las noches en esa posición son eternas, se duerme a pedazos, intermitentemente, como si uno fuera un soldado haciendo guardia en la mitad de la guerra. Todo el cuerpo se va resintiendo y en la mañana parece uno el sobreviviente de un bombardeo nuclear. Descubrí también un hormigueo en la pierna izquierda, en el muslo, una especie de corriente eléctrica que parecía extenderse por debajo de la piel. A veces la sensación era tan fuerte que me ardía, como si me estuvieran quemando con un mechero. Busqué en la red y se llama neuropatía periférica. Era una consecuencia del golpe tan brutal que había sufrido en la caja torácica. No sabía si esa dolencia iba a desaparecer o si tendría que aprender a vivir con ella de por vida.

En ese justo momento consulté varias referencias que recordaba sobre las distintas formas de asumir el duelo de alguien muy cercano a nosotros, y me encontré que en muchas ocasiones la persona no solo suele enfermarse, sino que empieza a sufrir percances que le muestran su vulnerabilidad, su infinita fragilidad. Después de la caída en el baño yo empecé incluso a ver amenazas en cualquier objeto: un cuchillo de la cocina, un tapete mal puesto o un empaque metálico eran armas que estaban ahí para que yo me hiriera con ellas. Como vivo solo, imaginaba mil situaciones en las cuales me accidentaba, no había acceso al teléfono y tenía que quedarme en un rincón dando alaridos de dolor hasta que una semana después encontrarán el cadáver ya putrefacto y lleno de gusanos.

La muerte de un ser amado nos deja desvalidos, a la intemperie. No solo tenemos que asumir la impermanencia de todo, la caducidad de los seres vivos y de los objetos, sino la de nosotros mismos. Estamos aquí de paso, de tránsito, y en algún momento también tendremos que irnos. ¿Cómo será nuestra muerte? ¿Cómo desapareceremos? ¿Será una muerte lenta,

insufrible, o caeremos al piso fulminados por un infarto? Todo ese imaginario siniestro, todas esas posibilidades aterradoras nos van acompañando mientras nos despedimos de nuestro ser querido. De algún modo, con la muerte de alguien que amamos agoniza y muere una buena parte de nosotros mismos.

Así que poco a poco, noche tras noche, empecé a intuir que todo ese desastre estaba relacionado con el duelo. Recordé que, cuando estaba llegando en la bicicleta, di una vuelta a la manzana del semáforo en el que me accidenté con el pretexto de echar un vistazo a una casa que estaban vendiendo. Es decir, pasé por esa esquina dos veces. En la primera no me sucedió nada. Y esa fue la razón por la cual di la vuelta y regresé para chocarme con la moto. El inconsciente tejiendo siempre de manera secreta nuestra propia desgracia.

El problema de la culpa es que desde niños hemos sido educados en la ecuación error-castigo. Si hacemos algo mal nos castigan. Pero cuando crecemos no hay nadie para reprendernos, entonces nosotros mismos nos encargamos de enfermarnos, de deprimirnos o de irnos de bruces para pagar de ese modo la mala acción que cometimos. ¿Estaba yo mismo, entonces, saboteándome porque me sentía culpable de haber sentido alivio durante las cuarentenas? ¿Esas semanas sin ir al hogar geriátrico, leyendo feliz en pijama o viendo televisión, eran el verdadero origen de los accidentes? ¿Me estaba castigando porque lo que para mí habían sido unas vacaciones fantásticas para mi madre había sido la muerte? Es más, ¿no habría yo anhelado en secreto su deceso? ¿No estaba yo tan agotado, tan disminuido, que deseaba descansar; es decir, que ella muriera para yo liberarme de todas las obligaciones médicas y humanas que implica estar pendiente de un enfermo? Y quizás esa muerte la esperaba con gran expectativa no solo porque me liberaba a mí, sino a ella también. Ella, que estaba asfixiada con la vida rutinaria del

encierro, que no deseaba ser resucitada en caso de emergencia (había tenido ya varias experiencias graves) y que solía decir que ojalá la muerte le llegara pronto porque ya no podía más con las dolencias y los achaques de la vejez. Entonces, ¿mi cabeza unió todo eso sin que yo lo supiera y en consecuencia esperaba con ansias su muerte? ¿Y ahora ese deseo oculto me generaba una culpa insoportable hasta el punto de tener que castigarme a golpes, rodando por el suelo o yéndome de bruces hasta romperme las costillas?

Tal vez, sí. El inconsciente suele ser un pícaro agazapado que siempre se sale con la suya, un bribón al que le gusta ponerse máscaras, esconderse, y cuando ya cree uno que lo tiene detectado, resulta ser que es un disfraz más para engañarnos.

La debilidad que padecemos durante un duelo es tan intensa que incluso me di cuenta de que no podía escribir con facilidad. Cierta fluidez que había experimentado en el pasado había desaparecido por completo. Las frases se me atascaban en la cabeza, repetía adverbios y adjetivos, no sabía dónde ubicar los signos de puntuación y se me olvidaban los conceptos con facilidad. Creí que nunca más iba a poder escribir un libro. Mi cabeza estaba atrofiada, hecha papilla, y llegué al punto de plantearme la hipótesis de un tumor cerebral o de algún tipo de enfermedad degenerativa.

En consecuencia, tomé la firme decisión de no volver a escribir. No me sentía capaz de hilar fino una o varias tramas a la vez, de revisar arcos dramáticos, de construir personajes. Algo dentro de mí se había roto y no sabía si sería capaz de enmendarlo.

¿Qué sentido tenía la literatura en un mundo así, déspota, avaro y narcisista? ¿Para qué escribir ficción cuando la realidad nos abofetea cada día para que despertemos? Era absurdo sentarse a crear universos paralelos cuando afuera el mundo prin-

cial del que dependen nuestras vidas estaba en cuidados intensivos.

Lo difícil de dejar de escribir cuando uno es un escritor profesional es que se trata de un problema físico. Al principio, cuando uno está empezando su carrera, lo más complicado es la disciplina, es decir, cómo incorporar la escritura al cuerpo, cómo convertirla en un acto tan normal como respirar o ir al baño. La mayoría de los escritores jóvenes sufren mucho porque tienen la creación desligada de su cuerpo. Creen que se trata de un ejercicio solo mental. Entonces su vida va por un lado y su obra por otro. Pero si uno persiste y se da cuenta del error, empieza el trabajo de fusión: poco a poco uno va logrando que el acto de escribir se vuelva algo natural, fluido, cotidiano. Ya no hay que hacer grandes esfuerzos para sentarse a trabajar en una novela, sencillamente la novela hace parte de la vida de todos los días, como desayunar o lavarse los dientes. Y la angustia llega cuando, de pronto, uno decide no escribir, lo cual equivale a no respirar o no bañarse. Uno pierde el equilibrio y toda la vida entra en caos.

Luego la pregunta era obvia: los accidentes y ese nuevo modo de vida en negativo, ese miedo a cruzar una calle o a salir de la ducha, ¿estaban relacionados con la ausencia de la escritura? ¿Dejar de escribir me había convertido en un muñeco de trapo, en un zombi que trastabillaba torpemente al subir un andén o al bajar unas escaleras? ¿Quién era yo sin la escritura? ¿Era yo?